

PARTEROS O ENTERRA- DORES

FERNANDO DURAN A.

Al solicitármeme esta nota se me pidió que adoptara la perspectiva del Presidente de la Asociación de Autores, pero pienso que esa condición es accidental, pasajera, y, por otra parte, no cambia el hecho de que básicamente yo no soy un especialista en el campo: teatrólogo, por ejemplo.

Como interesado en los asuntos generales de la cultura, veo en la producción teatral costarricense un fenómeno sumamente importante, tanto por sus dimensiones como por su calidad. El aporte que han dado los diversos grupos estatales y privados, la participación de actores y directores extranjeros procedentes de diversos medios y "tocados" por una gran diversidad de influencias, la aparición de una nueva y pujante generación de hombres y mujeres de teatro costarricense, la transformación de San José en un importante centro teatral latinoamericano, todo eso le confiere a la producción nuestra un aura muy sugerente, creo yo, para los creadores. Digo sugerente, no estimulante, véase bien.

Desde el punto de vista técnico —lo que en buen lego yo llamaría el factor escénico— siento cierta tranquilidad: creo que nuestro medio ha sabido dotarse del "saber cómo", de manera que, dentro de sus proporciones, prácticamente cualquier empeño dramático del repertorio universal se puede llevar a cabo en Costa Rica con un decoroso nivel de calidad. Quiero decir que la capacidad para el buen montaje es indiscutible.

El aspecto literario—ideológico de nuestro teatro sí requiere otro tipo de reflexión. Dada la necesidad de ser breve, me limitaré por ahora a llamar la atención sobre dos elementos muy discutibles: la política de selección de textos y el estímulo a la dramaturgia nacional. Uno es parte de la otra, ciertamente, pero si la primera es simplemente errática, el segundo es suicida.

Hablemos del último: ningún movimiento teatral *nacional* tiene futuro, por muy espectaculares que sean sus resultados en un momento específico, si no genera él mismo una dramaturgia autóctona. A largo plazo, ese sería, si no el único,

el más importante valor justificante del esfuerzo social que significa darle sustento —económico, moral, político— al movimiento teatral. Un momentáneo interés del público por el fenómeno llamado teatro, en ausencia de una recreación *nacional* de ese fenómeno, puede ser efímero y, por lo tanto, simple esnobismo.

Creo, sinceramente, que salvo contadas excepciones, los dirigentes —y por lo tanto los responsables— de nuestra producción teatral, han dejado escapar la oportunidad de sembrar, en el fértil terreno de un auge escénico que podría haber traspasado ya su clímax, la semilla de una robusta dramaturgia nacional.

No sé si hay alguien, en el medio teatral, capaz de ofrecer un diagnóstico sobre la situación y señalaremos por qué hemos llegado a ella. Si existe, le haría bien contar con una observación que le hago llegar —les hago llegar— en nombre de los escritores: el texto teatral, señores, es un hecho literario. El teatro, repito, es también literatura. Esto lo han olvidado, en un rasgo de arrogancia, y tal vez de excesiva autoestimación, los hombres y las mujeres de teatro, y con ello han cerrado las puertas del Teatro —con mayúscula— a los escritores. Para decirlo de una manera menos cortés, se ha pretendido que un alto o no muy alto dominio de una técnica teatral —cualquiera de ellas—, es suficiente y único requisito para que el primer inspirado —aunque sea afín al analfabetismo literario— se convierta en *el dramaturgo*. Sólo si es actor, o director, o tramoyista, o luminotécnico, o contertulio de ellos bajo la denominación de teatrólogo, el escritor costarricense tiene una mínima oportunidad de que se le "juzgue" su obra literaria como potencial aporte al teatro. Y así es como hemos caído en el absurdo de ver sistemáticamente condenados a "la gaveta" los intentos de los escritores con vocación dramática, al tiempo que el errático repertorio dictado por el *establishment* teatral se ve repleto de inútiles experimentos propuestos por *hombres de teatro* desprovistos, a veces, de imaginación y casi siempre con escasa perspectiva literaria. Nos honran, apenas, unas pocas excepciones.

Tal vez he concluido esta nota en tono de diatriba, pero ésta es la única —probablemente la última— oportunidad que se me ha dado de decirle a la gente de teatro de Costa Rica esta —en mi opinión— verdad: la endogenia de ustedes es suicida; un teatro amedrentado por la literatura es un cadáver. Y ustedes deben escoger en la alternativa de ser parteros o enterradores. Así de simple.